

# Visión de la frontera sur mexicana

••••• ANDRÉS FÁBREGAS PUIG\*

## EL ESCENARIO ACTUAL

El Estado nacional mexicano se formó en una matriz colonial; su historia no puede explicarse sin entender los procesos de formación de regiones, corrimientos de fronteras, estrategias de colonización, flujos migratorios; en una palabra, la creación de territorios. Precisamente en 1983 se inició en México un período de reflexión sobre esos temas,<sup>1</sup> cuyo objeto de análisis fue la frontera sur mexicana.

En los 14 años transcurridos el país ha modificado parte de sus estructuras sociales, consolidándose la multiculturalidad y las variaciones y los desequilibrios del desarrollo regional. Los acontecimientos del 1 de enero de 1994, su desenvolvimiento hasta la actualidad, el interés que despertaron en el país y en el exterior, así como su amplia y rápida difusión, han situado a la frontera sur mexicana y a sus procesos de colonización y creación de territorios en el centro de las preocupaciones de una amplia y variada gama de científicos sociales y del público en general.

Otro hecho significativo es que la irrupción del 1 de enero de 1994 coincidió con una nueva etapa de los estudios regionales en México, en la que se establece como prioridad el contraste de las estrategias aplicadas a la creación de territorios y la formación de la variedad cultural en el ámbito de la sociedad mexicana.

1. Andrés Fábregas Puig *et al.*, *La formación histórica de la frontera sur*, Centro de Investigaciones y Estudios Superiores en Antropología Social (CIESAS)/CIESAS del Sureste (Cuadernos de la Casa Chata), México, 1985.

\* Dirección de Posgrado de El Colegio de Jalisco, México.

En este fin de siglo, la rapidez de los cambios tecnológicos induce a que se les confunda con cambios estructurales en la sociedad. Es cierto que la historia social es un proceso, es decir, movimiento constante, y por tanto —como diría Gustavo del Castillo— lo que interesa es la explicación del porqué del cambio. Desde una perspectiva ecológica-cultural se observa que las estrategias de colonización trazan el marco territorial de una sociedad y una cultura cuyo enlace da lugar a la formación de las identidades, incluida, por supuesto, la del “fronterizo”. Al crearse las fronteras como límites, los mundos de la cultura y los nudos relacionados de la sociedad establecen los ámbitos internos y externos. A su vez, los ámbitos internos de una sociedad admiten la coexistencia de la diversidad cultural afinada en condiciones concretas del trabajo. De estos marcos parte la diferenciación entre las fronteras sur y norte en el entorno mexicano.

Es la interrelación de movimientos poblacionales, cultura y sociedad la que permite comprender una rebelión como la ocurrida en Chiapas en 1994. Precisamente el tipo de procesos descrito por los geógrafos que analizaron la colonización de los trópicos asiáticos se repitió en la frontera sur mexicana con el corrimiento del territorio agrícola buscado e impulsado por el Estado nacional.<sup>2</sup>

2. Véase J. Peltzer, *Pioneer Settlements in the Asiatic Tropics*, American Geographical Society, Nueva York, 1945. Una obra reciente, útil para aclarar los puntos comentados, es la de Xóchitl Leyva Solano y Gabriel Ascencio Franco (eds.), *Colonización, cultura y sociedad*, UNICACH, Chiapas, 1997.

Véase también Germán Martínez, *Plantaciones, trabajo guatemalteco y política migratoria en la frontera sur de México*, ICHC, Tuxtla Gutiérrez, 1994.

En México se equipara al norte con frontera. La tensión cotidiana que resulta de la asimetría en el desarrollo y las corrientes migratorias hacia Estados Unidos ha contribuido a este símil. La percepción borrosa de una frontera hacia el sur, el rumbo latinoamericano, deviene de la continuidad espacial y cultural, de compartir el destino ante tantos proyectos hegemónicos aparecidos en el transcurrir del tiempo, con el resto del continente americano. Las ciencias sociales mismas tardaron en llegar a la frontera sur y más dilató la aplicación del propio concepto de frontera para entender la configuración de esa parte del país.

Sabido es que existen razones históricas y culturales que remarcen en la memoria de los mexicanos la presencia de una frontera-barrera en el norte del país, a lo que también contribuyen las diferencias construidas en el transcurso de la historia reciente. En contraste, el espacio sureño permaneció por años como tierra y gente desconocidas, incluidos los vecinos centroamericanos. Dos factores internos y uno externo contribuyeron a hacer presente la frontera sur en la memoria de los mexicanos.

Los primeros se refieren a la explotación más intensa de diversas fuentes de energía, que ha incluido la expansión de Pemex y el levantamiento de gigantescas presas hidroeléctricas en el río Grijalva, así como la consolidación de Cancún, en Quintana Roo, como uno de los mayores centros de actividad turística en el Caribe. El factor externo provino de los complejos y violentos procesos a que se enfrentó una gran parte de las sociedades centroamericanas, las cuales, una vez que aquéllos culminaron en diferentes acuerdos internos, pasan actualmente por otra etapa en la construcción de sus estados nacionales. Fue la conjunción de estos factores la que contribuyó a enseñarle a México la disímil naturaleza de las fronteras norte y sur. En nuestros días, el tránsito de cientos de miles de emigrantes procedentes de América Latina, que se concentran en Tecún Umán, Guatemala, en busca de pasar a la frontera norte, a la vez que remarca las diferencias, ha establecido una relación cotidiana de frontera a frontera.

Una línea quebrada de 1 138 kilómetros delimita la colindancia entre México y Centroamérica. De ellos, 962 kilómetros corresponden a la línea fronteriza con Guatemala, conforme al tratado de límites del 27 de septiembre de 1882, y 176 kilómetros configuran los límites con Belice, de acuerdo con los arreglos establecidos con el Reino Unido el 8 de julio de 1893, y que permanecieron sin cambio cuando en 1981 la antigua colonia se convirtió en nación independiente. Por la parte mexicana el territorio que atraviesa esta línea corresponde a cuatro estados que incluyen 21 municipios —en una superficie de 84 511.14 km<sup>2</sup>—, de los cuales dos pertenecen a Campeche, 16 a Chiapas, dos a Tabasco, y uno a Quintana Roo. De acuerdo con el último censo de 1990, la población de esos municipios ascendía a 1 336 312 habitantes: 14.6% en los municipios fronterizos de Campeche; 61.3% en los de Chiapas; 7.1% en los de Tabasco, y 12.9% en el de Quintana Roo.

Los linderos más importantes están formados por tres ríos: el Suchiate, entre Chiapas y Guatemala, que desagua en el Océano Pacífico; el Usumacinta, que corre entre Chiapas y Guatemala y entre este país y Tabasco, para desembocar en el golfo de

México, y el río Hondo entre Quintana Roo y Belice, que vierte sus aguas en el mar Caribe. El Usumacinta tiene el recorrido más largo, con 825 kilómetros.

La frontera sur de México es un espacio multirregional, lejos de la homogeneidad geográfica y cultural. Más aún, los mismos estados fronterizos están regionalizados y en más de un caso los límites entre ellos no se corresponden con la realidad regional concreta. En las partes bajas de los territorios fronterizos recorridos por los ríos Suchiate y Coatán se localizan cultivos de maíz, frijol, plátano y cacao. La parte media de la cuenca de estos ríos aún está ocupada por la selva, muy presionada por el avance de la ganadería y los pastos y, en alguna medida, por el cultivo del café. En la parte alta del río Grijalva se asocian distintos cultivos de ciclo anual con los pastos y también hay cafetales. En el lado guatemalteco, en la parte de valles que conforman los ríos Nentón y Selegua, se cultiva con intensidad el maíz y hay numerosos potreros; en la parte chiapaneca se localizan las tierras inundadas que conforman el vaso de la presa de La Angostura. Es obvio que por su extensión y la diversidad geográfica que caracteriza a los territorios que cruza, la cuenca del Usumacinta es la más compleja. Así, en las tierras altas, que se localizan mayormente en Guatemala, se cultiva el maíz mediante las técnicas ancestrales de las culturas mayas. En ocasiones, el maíz se asocia al cultivo del frijol y en otras con frutales y alternancia de potreros.

En el lado mexicano, en la meseta central de Chiapas y en las montañas del norte de ese estado, existe una cubierta de bosques y selvas cada vez más depredada y presionada, además, por el sistema de cultivo de tumba, quema y roza empleado en la llamada "milpa que camina". Cada vez son más importantes las áreas de potreros de una ganadería intensiva que materialmente se come el manto boscoso. La agricultura tecnificada es menor pero existe en la planicie del municipio de Comitán, en Chiapas, así como en el valle de Sallamá y Huehuetenango, en Guatemala. Como era de esperarse, hay cultivos intensivos de maíz en los márgenes de los ríos, pero aquí también la ganadería extensiva cada día gana más terreno.

En Tabasco, en la llamada región de los Ríos (Balancán-Tenosique) se localiza una agricultura intensiva tecnificada. Por el lado guatemalteco predomina el bosque tropical, aunque muy cerca de Flores hay actividad agrícola con el cultivo del maíz. Por el lado mexicano, desde 1974 se registra una apreciable disminución de los bosques y de los cultivos, los cuales están cediendo terreno ante el avance de la ganadería.<sup>3</sup>

Del análisis de los entornos concretos de la frontera sur destacan la diversidad regional y la disparidad del desarrollo. Por ejemplo, en su territorio de aproximadamente 70 000 km<sup>2</sup> Chiapas alberga a 16 422 localidades, estructuradas en uno de los

3. Véase *Atlas físico de las cuencas de los ríos internacionales entre México y Guatemala*, Comisión Internacional de Límites y Aguas México-Guatemala, 1987. Roberto Ramos, "Chiapas: geografía de la transición", en María Luisa Arméndariz (comp.), *Chiapas: una radiografía*, Fondo de Cultura Económica, México, 1994, pp. 19-31.



patrones de asentamiento más dispersos del país y de América Latina. Veamos más de cerca esta situación: existen 12 203 asentamientos de 1 a 99 habitantes y 3 063 que tienen entre 100 y 500 habitantes. La población total de Chiapas, de acuerdo con los últimos datos publicados, es de 3 210 496 personas. Según la Secretaría de Hacienda chiapaneca el índice de marginación es el más alto del país: 2.36046. Es decir, en uno de los territorios de mayor riqueza natural de México, habita el más alto número de pobres de todo el país. Hay una clara correspondencia entre estos números y el índice de crecimiento demográfico, el cual muestra que sólo en el decenio de los ochenta fue de 53.7%, el más alto de México. En esos mismos años la zona con mayor crecimiento poblacional fue precisamente la franja fronteriza selvática, con un índice de 5.81% que se traduce, para los años de 1980 a 1990, en un crecimiento real de 73.50 por ciento.

La proporción poblacional en el estado de Chiapas es de 3.95%, lo que en lenguaje llano significa que 4 de cada 100 mexicanos viven en ese estado. En ese marco demográfico el municipio de mayor extensión, Las Margaritas, que colinda con Guatemala, es el tercero con mayor tasa de crecimiento del estado, con un índice de 7.55%, sólo superado por los municipios norteños de Reforma, con 9.02%, y Yajalón, con 8.21%. A estos números deben agregarse los que arrojan las corrientes migratorias provenientes de Centroamérica,<sup>4</sup> acentuadas de 1980 a 1990. Las cifras son elocuentes: en Las Margaritas se llegó a registrar a 10 375 refugiados; en el vecino municipio de La Tri-

4. Consúltese el libro de Germán Martínez, *op. cit.*

nitaria, 6 374; en la Sierra, en el municipio de Frontera Comalapa, 3 288; en el de Bella Vista —también fronterizo—, 1 495, y en el de La Independencia, 1 066. En total, la Comisión Mexicana de Ayuda a Refugiados (Comar) reconoció una población de aproximadamente 40 000 refugiados, número que ha ido disminuyendo debido al programa de repatriación acordado por los gobiernos de México y Guatemala.

El universo indio de Chiapas es significativo no sólo en términos demográficos sino culturales. De los poco más de tres millones de habitantes del estado, la tercera parte reconoce pertenecer a algún grupo étnico. En los municipios selváticos y serranos que colindan con Guatemala, se asientan los tojolabales (sobre todo en Las Margaritas), mochós, mames, jacaltecos, kanjobales y las comunidades recientes que deben su formación a la inmigración pluriétnica y variolingüe. Las relaciones de estos pueblos con sus similares de Guatemala es intensa y añeja, lo que dota de un dinamismo poblacional característico a la frontera sur. Los intercambios económicos, religiosos y sociales son constantes entre las poblaciones situadas a uno y otro lados de la línea divisoria. Las remembranzas históricas son intensas<sup>5</sup> y abundan los relatos que recuperan relaciones venidas de añejos tiempos. Este mundo fronterizo es particularmente distintivo y falta mucha tinta aún para comprenderlo a cabalidad. Por supuesto, es un mundo campesino aferrado a su historia, lo que sella su profundidad sociológica. Son antiguos cultivando las plantas mesoamericanas, maíz, frijol y chile.

Tabasco presenta condiciones geográficas y culturales contrastantes con las de Chiapas e incluso con Yucatán, Campeche y Quintana Roo. El estado cubre una superficie de 24 661 km<sup>2</sup>, de los cuales 29.16% son mantos de agua. Tabasco posee un territorio sin montañas, configurando una gran planicie por la que corren las aguas de los grandes ríos del sur, el Usumacinta y el Grijalva. En total, la entidad cuenta con 30% de los recursos hidráulicos del país. Como se señaló, de los 17 municipios en que se divide políticamente, dos de ellos, Balancán y Tenosique, en la región de Los Ríos, colindan con Guatemala. Según el censo de 1990 el total de habitantes de Tabasco era de 1 501 183, de los cuales 95 492 vivían en los municipios fronterizos de Balancán (47 164) y Tenosique (48 328). La población tabasqueña ha crecido a un ritmo mayor que la media nacional. En efecto, de 1900 a 1980 lo hizo 6.6 veces, mientras que el promedio nacional fue de 5.9. A principios de siglo, Tabasco tenía aproximadamente 159 834 habitantes, en 1950 ya eran 362 716 y en 1990 los mencionados 1 501 183.

La superficie que hoy ocupa Tabasco fue el hábitat de las culturas consideradas matrices del mosaico mesoamericano: los olmecas primero y posteriormente los chontales, zoques, popolucas y, finalmente, nahuas. Aunque en el período colonial fue

5. Véase el excelente trabajo de Rosalva Aída Hernández Castillo, *Histories and Stories from the "Other Border". Identity, Power and Religion Among the Man Peasant from Chiapas*, tesis de doctorado en antropología, Departamento de Antropología de la Stanford University, California, 1996.

un territorio sin grandes ciudades —como Mérida en Yucatán o San Cristóbal en Chiapas—, hubo importantes movimientos poblacionales junto con una notable actividad comercial. De paso cabe señalar que uno de los aspectos más discutidos por los estudiosos es la demografía histórica de la entidad. Hay consenso en que la escasez de población caracterizó al Tabasco colonial.

En nuestros días tal hecho se manifiesta en una sociedad fundamentalmente mestiza, aunque se mantienen las presencias zoque y chontal. Debe tomarse en cuenta que la provincia de Tabasco se gestó hacia finales de los años veinte del siglo XVI, tras notables batallas entre indios y españoles. Las enfermedades que éstos propagaron fueron determinantes en la drástica baja demográfica de la población original de dicho territorio. A ello se unió la presencia violenta y constante de los piratas. Como el resultado de esta combinación de factores, el actual estado de Tabasco, en el marco de la frontera sur, es el de menor poblamiento indio, en contraste con Chiapas o la península de Yucatán.

Si algo ha unido a Tabasco con Centroamérica son los grandes ríos que atraviesan su territorio. Desde las montañas de Guatemala y Chiapas, el Usumacinta y el Grijalva penetran al territorio tabasqueño para formar la fronteriza región de los Ríos. Bajando de las montañas guatemaltecas, el gran caudal que es el Usumacinta recorre 612 kilómetros antes de desembocar al mar por el puerto de Frontera. Por su parte, el Grijalva, crótalo líquido de inmensa belleza, recorre 766 kilómetros desde Huehuetenango, Guatemala, hasta el golfo de México. Estos ríos facilitaron la comunicación entre los pueblos originales y fueron la base que sostuvo a una “cultura del agua”, ribereña, que ha desaparecido. El río Grijalva también une a Chiapas y Tabasco no sólo por la antigua navegación sobre sus aguas, sino por las grandes hidroeléctricas construidas en el decenio de los setenta, tres en total, que generan 59% de la electricidad que por ese medio se produce en el país.

Con todo y el petróleo que produce, con su notable riqueza de recursos hidráulicos y con sus plantaciones bananeras y cacaoteras, Tabasco registra un alto índice de marginación, si bien menor que el de Chiapas, de 0.56805, que es el octavo en el país. En la frontera sur es el segundo estado con mayor índice de marginalidad, sólo superado por Chiapas. Campeche ocupa el noveno lugar nacional y el tercero en la frontera sur, mientras Yucatán es el número diez nacional y cuarto en la frontera sur para que, con ello, Quintana Roo sea el de mejores condiciones en el sur, al ocupar el lugar 18 nacionalmente y quinto en la frontera sur. Así, de los cinco estados que integran la frontera sur, uno presenta marginalidad muy alta (Chiapas), tres alta (Campeche, Tabasco y Yucatán) y uno media (Quintana Roo).

El señorío maya de Kimpech dio nombre al actual estado de Campeche que tiene una superficie de 50 812 km<sup>2</sup> y limita al noroeste con el golfo de México, al este con Quintana Roo y al sur con Tabasco, rumbo por el que también se localizan sus límites internacionales con Guatemala. El estado se extiende en un territorio de llanuras cálidas, ligeramente onduladas hacia el norte y el este, pero sin conformar nunca verdaderas montañas. Campeche posee dos regiones climáticas, contrastantes y bien delimitadas: en el norte, la aridez; en el sur, el trópico húmedo,

con selvas y fauna amplias. Aquí están los grandes ríos campechanos, Candelaria, Palizada y Chumpán, que desembocan en la laguna de Términos. Campeche es un estado de dos ciudades: Campeche, la capital, y Ciudad del Carmen, en la isla del mismo nombre, antaño guarida de piratas caribeños que la conocían como “Isla de Tris”. Precisamente en Ciudad del Carmen se concentra la actividad petrolera, muy importante no sólo para el estado, sino nacionalmente. En cambio, en los alrededores de la ciudad de Campeche se trabajan las maderas finas, la caña de azúcar y el algodón. En los tiempos coloniales, el auge campechano se basó en la explotación del famoso “palo de Campeche”, venido a desgracia por el descubrimiento de los tintes sintéticos. En 1857 estalló un poderoso movimiento secesionista que convirtió a Campeche de provincia yucateca en estado de la federación mexicana.

En el censo de 1910, Campeche aparece con una población total de 86 661 personas; en 1970, ese dato cambia a 251 556 y en el último censo a 535 185. Estos números indican con claridad que no es un estado que atraiga población y que su crecimiento demográfico obedece a dinámicas más bien internas. Ahora veamos un acercamiento: en 1910 la población urbana era de 29 359 personas y la rural de 57 302; en 1970, 160 528 y 91 028, respectivamente, y en 1990, 374 780 y 160 405. Campeche es así uno de los estados de la frontera sur con vida urbana mayoritaria, por lo menos desde 1950, cuando la población de las ciudades fue de 70 069 y la rural de 52 029. La densidad pasó de 1.71 personas en 1910 a 10.33 en 1990. Este dato contrasta con Chiapas, que en 1910 tenía una densidad de 5.91 y en 1990 alcanzó 43.45. En cambio, en Quintana Roo hay un salto mortal: de 0.18 en 1910 a 10.00 en 1990, al igual que en Tabasco, cuyas cifras respectivas son de 7.42 y 60.90, esta última la más alta de la frontera sur. En Campeche existen 1 950 localidades, lo que también contrasta con las 16 422 de Chiapas, el estado de la frontera sur con la población más dispersa.

En el terreno de la religión, los datos censales de Campeche también indican rápidos cambios. Así, de una población total de 456 452 que se reconoció religiosa, 348 369 se dijo católica, 61 725 evangélica, 348 judaica y 10 103 aparece como “otra”. El número de evangélicos es significativo si se toma en cuenta que en Tabasco 193 493 personas se declaran protestantes; lo mismo dicen 440 520 chiapanecos; 50 428 quintanarroenses y 110 377 yucatecos. Es decir, en los estados de la frontera sur en su conjunto se concentran 806 115 personas que se dicen evangélicas. Es el grupo más numeroso del país con esa preferencia religiosa.

Según los censos de 1990 la población indígena de Campeche era de 135 960 personas. En este universo demográfico, la variedad lingüística es impresionante, pues se hablan 20 lenguas diferentes, entre las que domina el maya, usado por aproximadamente 70 247 personas, es decir 81.04% de los hablantes de idiomas indígenas. Le siguen el chol, con 6.05%, y el kanjobal, con 2.43%. Campeche ocupa el décimo lugar según los índices nacionales de marginación, y el tercero en la frontera sur. Este último dato adquiere mayor significado al examinarse algunas estadísticas con respecto al universo indiano. De un rango de 91 localidades con una población que va de 15 años a más, de 27 464



personas, 9 744 son analfabetos, es decir, 35.48%, y es dudoso el alfabetismo de las otras 17 720. El municipio de Calkiní tiene 38 883 habitantes, de los que 94.31% son indígenas con un grado de marginación media; en Hecelchakán viven 20 290 personas, de las que 95.99% se asume como maya y su grado de marginación es medio; el municipio de Hopelchen alberga a 36 271 habitantes, 85.60% son mayas y su grado de marginación es alto; por último, en Tenabo viven 6 568 personas con 90.52% de indígenas y un grado medio de marginación. Además de estos cuatro municipios, hay una cantidad significativa de hablantes en diversos idiomas indígenas en Campeche y Champotón, con índices de marginación media. Desde el punto de vista migratorio, estos municipios campechanos son de atracción e incluso se considera que la que Hopelchen ejerce es fuerte. Es evidente, así, el contraste con la situación de Chiapas, que tiene el índice de marginación más alto del país.

### HACIA UN MODELO DE DESARROLLO REGIONAL PARA LA FRONTERA SUR

El desequilibrio en el desarrollo regional es la característica predominante en los estados de la frontera sur de México y configura un factor de disparidad en los tratos políticos entre los estados nacionales involucrados. Es un territorio que evidencia el desajuste entre los procesos de la economía y los ecológico-culturales locales. Mientras se continúe concibiendo a la frontera sur como un “territorio de apertura”, como un lugar propicio para los asentamientos pioneros, no será posible establecer modelos de desarrollo regional integral ni en los estados de la federación mexicana ni entre ésta y los estados nacionales de Belice y Guatemala.

El sentido del desarrollo debe cambiar hacia programas regionales integrales que busquen eliminar las condiciones desiguales y promuevan un desarrollo equilibrado y sostenido, basado en las potencialidades de las estrategias adaptativas locales. Aunque se sabe que no hay un concepto unívoco de región, es posible trabajar en la frontera sur apelando a una concepción que observa la vinculación en el tiempo y en el espacio de la sociedad, la cultura, el ambiente y la historia. La región es recipiente de procesos cuya cotidianidad se expresa en la conciencia de la gente al identificarse como perteneciente a un ámbito regional determinado.

El término *región* no es sinónimo de homogeneidad. Ello es particularmente cierto en la frontera sur mexicana, cuyo territorio es plurirregional, además de que cuenta con la variedad interna de las propias regiones. Por esta razón la planeación del desarrollo integral con enfoques ecológico-culturales es de gran importancia para evitar la generalización de tratamientos en situaciones variadas. Por medio del enfoque ecológico-cultural se ponen de relieve dos aspectos de la regionalización que deben estar presentes en los modelos de programación del desarrollo integral de la frontera sur. Uno se refiere al ámbito ambiental-cultural, en cuyo escenario se cumplen requisitos de semejanza que apoyan a una determinada estrategia adaptativa-

transformativa. El segundo se refiere a microentornos que convergen en una estrategia adaptativa-transformativa amplia. Con ello se desea destacar que sólo adquiere sentido la formulación de programas de desarrollo integral cuando parten o se apoyan en las ecologías culturales concretas. Por tanto, esta propuesta pugna por la formulación no de una “región plan” al estilo de Bondeville, sino de programas de desarrollo regional integral basados en el diagnóstico de unidades territoriales definidas por estrategias concretas ecológico-culturales.

Desde esa perspectiva deberán trazarse *las interdependencias funcionales* entre las exigencias del desarrollo integral nacional y los correspondientes escenarios concretos de la frontera sur. Huelga afirmar que este método admite la localización de criterios y objetivos específicos de política económica para alcanzar un máximo de eficiencia en la puesta en práctica de programas y estrategias. Para ello la coherencia administrativa, incluyendo los problemas de coordinación entre entidades ejecutivas, es un factor sencillamente indispensable y que adquiere importancia central en este modelo ecológico-cultural porque se trata de identificar la distribución de las actividades de adaptación-transformación del ambiente en los ámbitos regionales y microrregionales. La consecuencia de estas características en los *procesos económicos* no puede prescindir de la distancia y de la importancia de coordinar la variedad para que ésta forme parte estructurada de un programa de desarrollo regional integral.

En el modelo ecológico-cultural las teorías del crecimiento económico regional se modifican porque aquí se supone que las diferenciaciones inter e intrarregionales están dadas no en función del inventario de recursos naturales sino, precisamente, de las estrategias concretas de adaptación-transformación aplicadas por los grupos humanos. La especialización de las regiones y las microrregiones viene dada por las ecologías culturales cuyo sentido de intercambio es vital en un programa integral de desarrollo que, además, ocurre en un entorno de fronteras que incluye a tres estados nacionales. Tendríamos así un elemento esencial en la configuración de una amplia macrorregión fronteriza, contenedora de la variedad y la potencialidad en los procesos de acoplamiento (para apoyarnos en la propuesta de José Luis Coraggio) de las ecologías-culturales concretas.

Se establece así la suposición de que cada sociedad organiza su estrategia de adaptación-transformación de un nuevo ambiente dado y a partir de ahí obtiene formas específicas de desarrollo. En el modelo ecológico-cultural que aquí se propone es imprescindible, por tanto, partir de un diagnóstico cuyos ejes de criterio sean: a) las tecnologías locales y su eficiencia en relación con los entornos ambientales y las exigencias sociales; b) las relaciones sociales alrededor del trabajo; c) las formas para convertir las estrategias de adaptación-transformación en estructuras económicas; d) las formas de distribución de la producción; e) las formas de convergencia de las estrategias de adaptación-transformación, y f) la estructuración de las relaciones políticas. El modelo pretende evitar los graves desajustes introducidos en la frontera sur mexicana por los programas de desarrollo vía la colonización, derivados del concepto de frontera como tierra de expansión. 